

SÁBATO, Hilda. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Sudamericana, Bs. As., 1998. (290 p.)

En 1989, Francois Xavier Guerra en su artículo "Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos"¹ buscaba definir una nueva forma de hacer historia política cuya aspiración era superar tanto la tradicional narración de los grandes hechos protagonizados por los prohombres de los pasados nacionales que caracterizó la vieja historia política, como el análisis socioeconómico en el que el accionar de los actores sociales o políticos se yuxtaponen a la lógica de las estructuras económicas. Proponía Guerra en aquella ocasión el estudio de la política tomando como eje la interacción de los actores colectivos que se constituyen en todos los estratos sociales siguiendo lógicas propias y, en la mayoría de los casos, sin respetar los recortes surgidos de los análisis estructurales que hacen centro en lo económico. Esta propuesta en la línea de la historia política que busca recuperar su especificidad, se preocupa por el tipo de vínculos que otorgan cohesión y coherencia a los grupos que tejen entre sí relaciones de poder siempre a punto de perder su equilibrio, por los ingredientes culturales que le brindan sentido a su acción, por los espacios en que esta actividad política se desarrolla, etc. En aquel artículo, su autor, avanzando sobre el problema, fijaba una caracterización dicotómica para el estudio de estos factores. Distinguía así entre actores de tipo antiguo y moderno, a quienes correspondían sus respectivas formas de vinculación, su marcos culturales específicos, sus maneras de representarse en la arena política.

Más que sentar las bases teóricas de estudios todavía no iniciados, este artículo de Guerra tuvo (y tiene) la virtud de condensar los presupuestos y propuestas implicados en una serie de estudios que el autor inició en México y que fueron encarados en la Argentina en la década de los ochenta por un grupo de investigadores del que Hilda Sabato forma parte. Los resultados parciales de esta labor comenzaron a divulgarse en las diferentes publicaciones académicas del país hacia finales del decenio. Así, desde ese entonces, es posible seguir en las diversas publicaciones del campo los intentos de reconstruir los mecanismos a través de los que se definieron y la manera en que actuaron los actores sociales y políticos en un largo período que se inicia en los últimos años de la colonia y se cierra en la actualidad. Estudios cada vez más numerosos sobre ámbitos de sociabilidad, simbolismo y liturgia republicanos, sobre la prensa y la opinión pública, la práctica del sufragio y la participación política de los inmigrantes, entre otros, nos permiten comprender en parte de qué manera algunos sectores de la sociedad argentina (y no precisamente los privilegiados) participaron activamente en los avatares de la política nacional.

Siguiendo la línea de estas investigaciones relativamente recientes e intentando articular sus diversos aportes para reconstruir un panorama más general, esta obra de Hilda Sabato se propone, a su vez, encarar desde un nuevo ángulo un problema de vieja data en la reflexión de la historia política argentina: el del accidentado proceso de ampliación democrática de la participación política.

Ya desde el título se plantea un desplazamiento con respecto a las ideas clásicas acerca del lugar donde esta participación se concreta. Se nos propone buscar la política no sólo en el ámbito de los canales formales de representación, plasmados en la práctica del sufragio, sino también en las calles. Más específicamente, en la movilización. Así, la pregunta acerca del carácter restrictivo o arcaico del sistema político se aleja del estudio centrado en la norma y en el mayor o menor grado de su acatamiento a la hora del sufragio para orientar su atención hacia la manera en que los diversos actores de

la sociedad civil se integraban, cómo concebían su posición con respecto al Estado y los medios a través de los que se relacionaban con él.

El período y el lugar en que se enmarca este estudio presentan una serie de características que vuelven esta perspectiva especialmente fructífera. En Buenos Aires, entre 1862 y 1880, el discurso democrático de una élite política que pretendía proyectarse a todo el territorio nacional legitimada por el apoyo de una comunidad política amplia y madura que expresara su poder soberano por medio del sufragio universal contrastaba fuertemente con su necesidad real de recurrir permanentemente al fraude y al reclutamiento de clientelas que funcionaran a modo de bandas de choque a la hora del enfrentamiento electoral. Al mismo tiempo, una masa cada vez más numerosa de inmigrantes no naturalizados quedaba al margen de los padrones electorales. El ángulo desde el que aborda Hilda Sabato su objeto lleva a poner en cuestión las interpretaciones tradicionales que leían en esta situación la existencia de un sistema político donde los derechos de la ciudadanía eran disfrutados por unos pocos, y los más quedaban voluntaria o involuntariamente al margen de las contiendas por el poder. La alternativa propuesta por la autora consiste, por un lado, en no restringir la práctica política al ejercicio del sufragio; y por el otro, en replantear las condiciones necesarias para la existencia de la figura del ciudadano (elemento imprescindible en la mecánica democrática) yendo más allá de su postulación formal.

La mirada se vuelve entonces hacia la sociedad civil y, como se dijo más arriba, se preocupa por la manera en que se constituían los actores, las formas en que se expresaban y los medios con que contaban para hacerlo. Se incorporaron así nuevos factores de análisis: el medio físico (calles, plazas, teatros; las expresiones edilicias del poder: dependencias estatales), las condiciones socioeconómicas de la población, sus formas de agruparse.

De todas estas cuestiones se ocupa la primera parte, cuyo propósito central es constatar la manera en que una sociedad que se volvía más compleja, al calor de los cambios económicos que sufría la región y la permanente incorporación de masas de origen extranjero, modifica sus formas de integración siguiendo pautas de sociabilidad moderna. Las asociaciones de ayuda mutua que surgían en el seno de las colectividades de inmigrantes, los clubes, las comisiones que se constituían para llevar adelante empresas puntuales, la aparición de periódicos que se apartaban de la puja facciosa para intentar convertirse en voceros y, a la vez, formadores de una opinión pública en la que se debatieran cuestiones de interés general, todos estos elementos dieron forma a una esfera pública que funcionó como mediadora entre la sociedad civil y el Estado utilizando mecanismos que se consideraban, sea desde el Estado o desde otros sectores de la sociedad, como verdadera expresión de madurez cívica y, al mismo tiempo, como agentes pedagógicos efectivos en la formación del espíritu democrático.

La ampliación de los límites de lo que se considera la acción política, tomando de Habermas el concepto de "esfera pública", y la incorporación de los aportes que sobre el tema se han hecho recientemente, permiten abrir al análisis una intensa actividad social en torno a la cosa pública que se desarrolla al margen de los medios estatuidos por el marco legal vigente, y poner en tela de juicio la afirmación sobre la apatía política generalizada de la población porteña de la segunda mitad del siglo XIX.

La segunda parte parece estar destinada a evaluar los alcances y los límites de esta "modernización" a la hora de llevar a la práctica el sistema de representación fijado por la norma como única fuente de poder legítimo.

Al finalizar la sección el balance es claramente negativo. El fraude, la violencia ritual en los días

de la elección, el reducido número de votantes, aparecen como las manifestaciones de una lógica de acción política que, siguiendo la caracterización de F. X. Guerra, puede encuadrarse como premoderna. Desde este ángulo, importan menos las características individuales de los participantes en las elecciones que los grupos, las clientelas y las "máquinas" jerárquicas y cerradas que se movilizan para hacer realidad la "ficción democrática". En efecto, el carácter colectivo de los actores involucrados en el momento del sufragio, los mecanismos a través de los que son reclutados por toda una estructura diseñada al efecto (que implica instituciones por dentro y fuera del Estado), la particular forma de asegurarse el triunfo sin ampliar el número de votantes, son utilizados como pruebas de la inexistencia de una comunidad política madura (sea amplia o restringida) constituida por actores individuales que, en tanto ciudadanos, libremente eligen a sus representantes.

Sin embargo, esta imagen que parece evocar más al antiguo régimen que a una ciudad y una sociedad que se consideran pertenecientes de pleno derecho al moderno siglo XIX occidental, es matizada. Los mítines en los que se presentaban las candidaturas, el debate que las elecciones despertaban en la opinión pública a través de las notas periodísticas, las tomas de posición de las asociaciones de diversas colectividades, integran en cierta medida un amplio sector de la sociedad civil al juego electoral, aunque al margen de los canales establecidos al efecto.

La parte tercera de la obra trata estas formas alternativas de participación política que surgieron de la sociedad civil, fomentadas por el Estado, y que encuentran su más clásica expresión en las frecuentes movilizaciones que recorrieron las calles porteñas durante ese período. En esta sección se nos reinstala en el mundo del asociacionismo, la prensa y la opinión pública, pero esta vez puesto en movimiento. Utilizando casi con exclusividad fuentes periodísticas, y sin contar prácticamente con investigaciones previas a las que hacer referencia, Sábato estudia esos momentos en los que, nucleados en torno a una serie de problemas de muy diversa índole (pero que en ninguna circunstancia buscaron dirimir abiertamente antagonismos sociales o políticos), una multiplicidad de actores de la sociedad civil de Buenos Aires se sumaban, de manera voluntaria, a las columnas de manifestantes para formar parte de una única y homogénea voz: la opinión pública. Estas movilizaciones reflejaban en parte las características de las entidades que les brindaban su sustento orgánico. En efecto, en las movilizaciones, sus integrantes se encuadraban tras los pabellones de tal o cual colectividad, o de este o aquel club o gremio; los personajes prominentes, los que convocan y diagraman la movilización, deben justificar su posición demostrando su capacidad de oratoria y agudo sentido cívico frente a los manifestantes, las redes de convocatoria se extienden horizontalmente y tienden a la inclusión de la mayor cantidad de participantes posible.

En una sociedad que recién comienza a sentir los cambios de un crecimiento económico en aceleración, donde existen fronteras que no parecen insalvables, este tipo de manifestaciones podía convocar en torno a problemas coyunturales, pero que no dejaban de tener implicancias políticas, a individuos de diferentes estratos para movilizarse pacíficamente en pos del interés común.

La totalidad de la obra intenta reconstruir cómo se desplegaban "entre el voto y la movilización" las relaciones entre los que gobiernan y los que son gobernados. Las formas de participación política son presentadas como el producto de una tensión entre lógicas modernas y tradicionales de agrupación y acción. Si bien esta perspectiva permite cuestionar las concepciones clásicas que suponían un muy escaso grado de conciencia y participación política de amplios sectores de la sociedad, no deja de encontrar en el rechazo y la escasa adhesión que provocaba la práctica del sufragio, los límites de aquella sociedad civil modernizada incapaz de presentarse como una comu-

nidad política que supiera utilizar los mecanismos de representación formal como medio de expresión de sus intereses.

Es natural que una obra de estas características, que se presenta como una síntesis articuladora de estudios precedentes con una óptica fragmentada y, a la vez, aliciente para nuevas líneas de investigación, se circunscriba al espacio y al período que se han visto privilegiados con este tipo indagaciones. Por lo tanto, de la lectura del libro habrán de surgir una serie de preguntas que quedan abiertas, sugerencias sobre nuevas maneras de estudiar viejos problemas: pero no sería prudente extraer de aquí conclusiones generalizables más allá de Buenos Aires, entre 1862 y 1880. El carácter acotado en tiempo y espacio del objeto nos brinda una imagen nítida y precisa, pero estática y localizada. El desafío que plantea es el de reconstruir el movimiento en que esta imagen se inserta, estudiar los procesos de formación de esa esfera pública que para 1880 aparece fortalecida, el modo en que siguieron participando estos actores modernos al replantearse las fuentes del poder del sistema político ya claramente cristalizado con el advenimiento del roquismo. Sería necesario constatar hasta qué punto el carácter de las movilizaciones se modificó y cayó su influencia luego de 1880, como se afirma sobre el final del libro; o preguntarse si es posible, a la hora de estudiar fenómenos culturales o políticos, trazar fronteras tan nítidas entre lo moderno y lo tradicional en regiones del país que se vieron menos afectadas por los cambios económicos y demográficos que vivió Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo pasado. En un terreno que recién comienza a ser escrutado, una obra que despierte tales dudas es, seguramente, más valiosa que una que pretenda acabar con ellas. ■

Ignacio Martínez
prohistoria

Notas

1. GUERRA, F. X., "Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos" en *Anuario del IEHS*, N. IV, Tandil, 1989, pp 243-284.